

«El valor supremo de este libro auténtico, insobornable, verídico, es, sin ser verdaderamente historia, situar históricamente unos hechos irrefutables, que nada tienen que ver con la leyenda interesada, con los mitos impuestos.» —IGNACIO IGLESIAS, IBÉRICA



TRES DÍAS DE JULIO

(18, 19 y 20 de 1936)

Edición definitiva revisada por el autor



1.ª edición en esta presentación: abril de 2014 Edición conmemorativa: febrero de 2006 1.ª edición (col. Horas de España): 1967

© 1967 y 2006: Luis Romero

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:
© 1967, 2006 y 2014: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.ariel.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN 978-84-344-1749-6

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

Depósito legal: B. 5.002 - 2014 Impreso en España por Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está califi cado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográfi cos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.como por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

SUMARIO

	Pág.
Prefacio	XXI
DfA 18	
Madrid	
El presidente de la República en el Palacio de Oriente Falangistas en vela Inquietud de los periodistas madrileños Tetuán llama a Madrid ¿Veraneo o huida?	3 4 5 7 9
Las Palmas	
El general Franco redacta un telegrama	11
Froximidades de Alicante Control de carreteras	13
	10
"Ustedes son las Primo de Rivera"	15
Pamplona Emilio Mola Vidal	17
Āvila	
Tentativa de fuga de Onésimo Redondo	20
Pamplona-Barcelona	
Viaje del capitán Ramón Mola	22
Barcelona	
Escofet en la comisaría de Orden Público M.ª Teresa Lizcano de la Rosa	25 28
Visita al presidente de la Generalidad	29
Sindicato de la construcción	33
López Varela en el cuartel de los Docks Los jefes de la Guardia Civil se reúnen	36 39
Valencia	
Un extraño telegrama	40
Los conjurados escapan	42
Braulio Solsona recibe a un amigo	44

Madrid	Pág.
El radiotelegrafista Benjamín Balboa	46
Ministerio de la Guerra	50
Largo Caballero en la Secretaría de la UGT	55
Vigo	
Aparece Pasaván	59
Contrabando de tabaco	62
Falangistas en el bar Derby	64
Madrid	
Casares Quiroga y el general Riquelme	67
Núñez del Prado marcha a Zaragoza	71
Vigo	
Podemos confiar en Pasaván	72
Burgos	
Un alto en la huida	73
El general Batet conferencia con Mola	76
Frontera Portuguesa	
Lerroux sale de España	81
Pareja de carabineros	81
Las Palmas	
El piloto Beeb	82
Franco abandona la Comandancia Militar	83
No se ha despedido	85 85
Whisky, melancolía y radio	90
Despegue en Gando	90
Sevilla Militantes comunistas	91
Queipo de Llano detiene al general Villa-Abrille	96
Actividades de los sindicalistas	98
Queipo de Llano en el cuartel de San Hermenegildo	100
Alicante	
Soliloquio de José Antonio Primo de Rivera en la cárcel	104
Callosa de Segura	
Hay que liberar a José Antonio	106
Madrid	
Periodistas sin noticias	107
Sevilla	
"¡La caballería se me va a mí a insubordinar!"	110
Algarada en la calle de las Sierpes	112

TRES DÍAS DE JULIO	XI
Ciudad castellana	Pág.
La confusión de un viajante	116
Sevilla	
Soldados de cuota y guardias de Asalto Ataque a la Telefónica El parque de artillería	117 119 120
Barcelona	
"Tengo miedo. ¿Qué puede ocurrir?"	124
Madrid	
Calle del Príncipe, n.º 12	125
Sevilla	
Objetivo: Hotel Inglaterra	129
Briviesca	
Consigna para las JONS locales	132
Zaragoza	
Núñez del Prado prisionero de los sublevados Pistolas en la plaza de San Miguel	134 136
Sevilla	
"¿Quién ha dicho que los fascistas son unos hijos de puta?"	139
Barcelona	
El expreso de Madrid Frey, el sepulturero	140 142
Pamplona	
Muerte del comandante Rodríguez Medel	144
San Sebastián	
"Deseo cruzar la frontera esta misma noche"	148
Pamplona	
Rezo del Santo Rosario	150
Sevilla	
Primera charla de Queipo de Llano	152
Casablanca	
Escala en el viaje	155
La Granja	
Diálogo Maura-Azaña	155

Madrid	Pág.
"Aquí, Radio Madrid: Habla Dolores Ibarruri"	158
"¡Que calle esa mujerzuela!"	159
"Me voy a la Casa del Pueblo"	161
Valladolid	100
Reflexiones de un liberal castellano A tiro limpio	162 164
Madrid	
[Armas! [Armas!]Armas!	167
Expreso Barcelona-Madrid	
Cena en el vagón restaurante	168
Sevilla	
Taberna sevillana	170
Provincia de Burgos	
Orden secreta a los falangistas	173
San Sebastián	
Gipuzco-Buru-Batzar	175
Madrid	
La salida de <i>Claridad</i>	177
Valladolid	
Bando del general Saliquet	180
Oviedo-León	
Tren minero	184
San Sebastián	
"¿Qué piensa hacer la guarnición de Loyola?"	187
Burgos	
Las inquietudes de José Andino Detención del general Batet	188 192
La Granja	
Respuesta de Azaña a Maura	193
Madrid	
¡No pasarán!	193
Málaga	
A tambor batiente	197

TRES DÍAS DE JULIO	XIII
Madrid	Pág.
Martínez Barrio toma una decisión	200
Vitoria	
La hora de la verdad	204
Barcelona	
El Comité de Defensa Confederal Vigilancia de los cuarteles Noche en Pedralbes	205 209 210
Burgos	
Fuerzas vivas Conferencia con el general Ferrer	212 214
Pamplona	
La Comandancia Militar	216
Zaragoza	
Escaramuza callejera	218
Madrid	
Los periódicos del día 19	222
DÍA 19	
Barcelona	
De frente! Mar!	227
Madrid	
Manifestaciones callejeras	229
Barcelona	
"Ya estamos metidos en el fregado"	230
Cuartel de caballería de Montesa	232
Sirenas y no campanas Un huésped en la comisaría de Orden Público	234 237
Málaga	
Retirada al cuartel	238
Madrid	
"Yo ya no soy presidente"	240
Oviedo	
Oviedo también va a sublevarse	243

Córdoba	Pág.
Una situación difícil	246
Cádiz	
Tábor de regulares	248
Oviedo	
Conferencia con Pamplona	251
Barcelona	
Sangre en el Cinco de Oros	251
Carga contra la caballería a pie	254
Patas arriba	257
Periodistas extranjeros	257
Palma de Mallorca	250
Detención de Antonio Espina	259
Barcelona	
Barricada en la plaza de España Tiren contra los tinglodos	261
Tiren contra los tinglados Los apuros de un general	265 268
Palma de Mallorca	200
Goded y el gobernador civil	270
Pamplona	210
San Fermín en armas	272
Madrid	2.2
Cantón de Carabanchel	274
Fernando Valera en el Ministerio de Comunicaciones	276
Desconcierto falangista	278
Calatayud	
Dos arrestos en el expreso	280
Pamplona	
Diálogo secreto en la Catedral	281
Barcelona	
Choque en la Barceloneta	284
Tablas en la plaza de Cataluña	288
"Salvaste amigo, creí que se te cargaba" "El único indigno es usted, mi general"	291 293
Madrid	293
Don Diego marcha a Valencia	295
Puerta del Sol	295
El general Fanjul	299

tres días de julio	XV
Valencia	Pág.
Vacilaciones Salida de misa	301 304
Segovia	
Regimiento de artillería ligera núm. 13	306
Burgos	
Banderas y "Salve Regina"	307
Oviedo	
"Que levanten hasta el puño"	310
Málaga	
Hogueras de julio	311
León	
Llegada del tren minero	313
Valladolid	
Pañuelo blanco	315
"Han cañoneado la Casa del Pueblo" La madre	316 319
Alicante	
Tertulia frente al mar	320
Palma-Barcelona	
Goded hacia su destino	323
Barcelona	
La desesperación del capitán Reilein	325
Guarnición provinciana	
El "geográfico"	327
Sevilla	
La Macarena y San Julián Cuartel del Duque	329 332
Barcelona	
Hombres del POUM Muerte en la plaza	335 336
Calatayud-Zaragoza	
Papeles rotos	338
Madrid	
Fanjul llega al cuartel de la Montaña	340

Barcelona	Pag.
Goded sitiado en Capitanía	341
Los túneles del metro	346
García Oliver en la brecha de San Pablo	349
Paqueo	351
Valencia	
Visita de inspección	354
Ciudad castellana	
"No se acerque usted por el hotel"	356
Callosa de Segura	
Siesta armada en "La Torreta"	358
Barcelona	
Columna de la Guardia Civil	360
Zaragoza	
Arturo Menéndez se tranquiliza	362
Salamanca	
El café de D. Miguel de Unamuno	363
Pamplona	
Ansaldo vuela hacia Lisboa	366
Oviedo	
"Consejos, cuando se los pida"	368
Barcelona	
Sufrimiento femenino	370
Cádiz	
Huida en barca	372
Oviedo	
Primeras órdenes	375
Pamplona	
Conflicto de banderas	376
Madrid	
El ministro de la Guerra estudia la situación	378
Barcelona	
Rendición de la Universidad	383
Los ceniceros de capitanía	384
La Guardia Civil ataca el Hotel Colón	387

TRES DÍAS DE JULIO	XVI
Somosierra	Pág.
"Quedamos sólo siete"	388
Vigo	
Sesión de cine	390
Barcelona	
Incendios y barricadas Oficiales detenidos	392 394
Zaragoza	
¡Que la Virgen del Pilar les proteja!	396
Barcelona	
Cañoneo de capitanía	398
Hospital Militar	401
Un escapado	402
Pueblo cacereño "Se han apoderado de Cáceres"	405
_	400
Barcelona "Ovedája desliga des del comprenies que tenfeja comprise"	400
"Quedáis desligados del compromiso que teníais conmigo" Madrid	409
Azaña habla con Companys	410
Fusiles sin cerrojos	411
Falangistas en el cuartel de la Montaña	414
Valladolid	
Tejidos y novedades	416
Zaragoza	
Encarcelados	420
Pamplona	
La columna de García Escámez	421
Bilbao	
Tradicionalistas vascos	423
Valladolid	
Alocución de Onésimo Redondo	427
Estoril	
Sanjurjo recibe a Ansaldo	430
Madrid	
Cañones en la plaza de España	432
Cuartel de Pontejos	434
Una copa de coñac	435

XVIII LUIS ROMERO

Provincia de Alicante Perdido en la noche	Pág. 438
_	100
Zaragoza Ley de fugas	440
Barcelona	
Salón de belleza	442
Suicidio en dependencias militares	444
"El capitán Mola era un caballero"	446
Pamplona	
Primer frente de guerra	446
Sevilla	
El bando del general Queipo de Llano	449
Oviedo	
Cuartel de Santa Clara	452
Madrid	
En la redacción de El Socialista	453
Batería emplazada	457
Batallón de Vallecas	459
El aislamiento del general Fanjul	460
Controles en la Gran Vía	462
El núm. 4 de No Importa	463
"Den orden de desenganchar"	466
Cuarto de banderas	469
DÍA 20	
Madrid	
Tiroteo previo	475
"Entonces ¿no se rinden ustedes?"	478
"¡Carguen, fuego!"	481
Los quintos del cuartel de la Montaña	482
Un desertor	485
La muerte del "Manías"	488
Los presos de la cárcel modelo	491
Julio Just habla con León	493
Alicante	
Angustia femenina	496
Sevilla	
Aterrizan diez legionarios	499
A orillas del Guadalquivir	501

TRES DÍAS DE JULIO	XIX
	Pág.
"Hay que levantar el ánimo a los sevillanos"	505
Muerto sin confesión	506
La Coruña	
La desazón del gobernador	508
Oviedo	
Bando al son del "Himno de Riego" Ciudad sitiada	511 513
Alrededores de Oviedo	
Javier Bueno director de Avance	516
Barcelona	
Asedio a los Carmelitas	518
Defensor de la iglesia	520
Masacre en los Carmelitas	523
" Mestre Tites! Mestre Tites!"	526
La caza del paco	531
Era un verdadero macho	533
Su Ilustrísima	534
Ciudad castellana	F05
Un "voluntario"	537
La Coruña	F40
Ante los hechos	540
Vigo	E40
Bando sangriento	542
Madrid	
Desconcierto entre los defensores del cuartel	543
La avalancha	546
Sala de suboficiales	549
Muerte de un cadete	550 551
Heridos que escapan Destrucción del manifiesto	555
El precio de la victoria	555 555
Comisaría de Leganitos	558
"¡Me cago en la República!"	560
Vigo	
"¡Soy Manuel Hedilla!"	561
Almería	E00
Gabriel Pradal se prepara	562
Barcelona	F0.4
La muerte de Francisco Ascaso	564
Los defensores de Atarazanas	5 6 5

	Pág.
¡Viva la FAI!	567
Servicio de Intendencia	568
Bilbao	
"Escapen inmediatamente"	572
Madrid	
Depósito de cadáveres	574
"Perdone, busco a mi marido"	575
Preparativos de guerra	578 580
¡Salud, camaradas! "Las coplas del día"	583
La Coruña	
La dificultad de tomar determinaciones	584
El Ferrol	
Motín de la marinería	586
Sevilla	¥00
"Franco ha llegado a Marruecos"	588
Cascaes	F00
La velocidad disminuye "El general Sanjurjo no ha podido ser salvado"	592 593
Barcelona	.000
Servicios municipales	595
Escofet hace una visita	596
Logroño	
"No se entretenga. ¡A Somosierral"	598
Puerto de Leitariegos	
"Asturias, Patria querida"	599
Almería	
Llamada del alcalde de Adra	602
San Sebastián	
"Yo me escapo a Navarra"	604
Valladolid	
Se organiza una columna	606
Aranda de Duero	
Carlos Miralles busca al coronel Gistau	608
Barcelona	
"Somos los representantes de la CNT y la FAI"	611
Madrid	03.4
España partida	614
Indices alfabéticos	618

NOTA PARA LA EDICIÓN DE 2006

Hace casi cuarenta años que se publicó por primera vez este libro. Que ahora aparezca una nueva edición indica que todavía puede interesar, la obra o los hechos que en ella se narran, de los que hará muy pronto setenta años, una vida. Tiempo suficiente como para que la mayoría de los que participaron en ellos hayan muerto. Cuando los escribí, hace cuarenta años, eran todavía un recuerdo vivo, trágico para muchos. Hoy son, o deberían ser, definitivamente y más para bien que para mal, historia. El pasado se ha alejado irremediablemente, y eso lo único que tiene de malo es que con el pasado nos alejamos nosotros mismos.

Poco quiero y puedo añadir ahora. Tan sólo tal vez recuperar algunas ideas del prólogo que escribí en 1967 y que no apareció en la última edición, la de 1994, ni aparece en esta.

Decía entonces que los jóvenes (los de 1967, hoy maduros o más que maduros) desamaban a la generación de la guerra. ¿Qué piensan de la generación de la guerra los jóvenes de hoy? No lo sé, tal vez no piensen ni sientan nada especial. En el desamor y en la indiferencia hay, junto a una parte de razón, una parte de injusticia. Los hombres y mujeres de la guerra arriesgaron, sufrieron y perdieron. Un hombre que ha hecho, o vivido, la guerra, un hombre (o mujer) que se ha encontrado en encrucijada donde lo físico, moral y espiritual se confunden, un hombre (persona) que ha sentido alrededor la muerte propia, y la ajena, merece una cierta indulgencia. Tal vez la lectura, ya entrado el siglo XXI, de la narración de una historia respecto a la cual intenté ser imparcial sin estar en el medio, sino a la vez en tantos puntos distintos como pude, ayude a reparar en parte esta injusticia.

Este libro se relatan los tres días en que España pasó a ser un país en guerra civil, la más dolorosa de las dolorosas guerras. Escribirlo me costó tres años, que ahora no me parecen tan largos como me parecieron entonces, sumergido en el horror, en la tensión, en el dramatismo y en el desconcierto. Muchas fueron las lecciones y enseñanzas que obtuve; que el lector lea despasionadamente y extraiga las que le parezcan bien. Pero de mis conclusiones personales dejé constancia de una en el prólogo de 1967, y la reitero aquí por su vigencia y sensatez: a ningún precio los españoles deben repetir un 18, 19 y 20 de julio por muy gloriosas que tirios y troyanos consideren esas fechas. A ningún precio, insisto, la máquina de matar, en sentido literal o en sentido figurado, debe ponerse en marcha porque después no hay quien la detenga. Y para evitarlo, digo vo, que los dirigentes políticos deben esforzarse en que los «enemigos» no lleguen a serlo, y se queden en «adversarios», y que éstos tienen que ser escuchados antes de que el aullido de las armas impida oírlos. Y esta actitud era válida para los días de julio de 1936, lo era para 1967, lo es para hoy y lo seguirá siendo para cualquier época.

> Luis Romero Barcelona, enero de 2006

Madrid

Don Manuel Azaña Díaz, presidente de la República española desde hace poco más de dos meses, duerme en el suntuoso lecho de su residencia del Palacio Nacional de Madrid, el mismo que hasta el 14 de abril de 1931 se llamaba y era Palacio Real.

Su cabeza grande, blanda y pálida se agita sobre las almohadas y su brazo cuelga asomado al embozo de la sábana. Entre las persianas, que a causa de lo caluroso de la noche se han dejado entreabiertas, y a pesar de que las cortinas se hallan corridas, se filtra la luz del alba. Encima de la mesilla de noche descansan las gruesas gafas del presidente. Su ropa interior, un traje gris a rayas y la camisa blanca, están sobre una butaca.

La noche ha sido agitada: hace sólo un par de horas que Su Excelencia reposa. En las últimas horas la tensión se ha vuelto insostenible, para él y para todos los españoles. Son la culminación de una serie de días —cinco exactamente— desde que en el cementerio del Este apareció el cadáver de don José Calvo Sotelo.

La guardia del Palacio Nacional ha sido reforzada y se han tomado precauciones. Se han instalado incluso ametralladoras y, además de la escolta presidencial, la defensa está asegurada por dos compañías del Regimiento Inmemorial número 1, y el exterior vigilado por fuertes efectivos de la Guardia Civil. Pero esta misma noche han ocurrido incidentes sintomáticos, pues ha sido preciso detener a algunos de los oficiales de las compañías de infantería, y parece que el capitán de la Guardia Civil tampoco es de plena confianza. Y, sobre todo, si se subleva la guarnición, como todo el mundo teme que ocurra, ¿de qué van a servir esas escasas fuerzas de cuya voluntad combativa nadie responde? Su ayudante, el coronel Hernández Sarabia, Leopoldo Menéndez, comandante del batallón presidencial, y, sobre todo, el comandante Casado, jefe de su escolta, han tratado de tranquilizarle, pero el Palacio de Oriente está, dada su posición, expuesto a la artillería, y el que haya unos cuantos leales, un puñado de incondicionales, nada resolverá si los militares y los monárquicos y los fascistas, se deciden a atacarle. Que, salvo contadas excepciones, los militares se la tienen jurada es algo de lo cual está convencido. Los Pozas, Masquelet, Caminero, los Riquelme, y Núñez del Prado, son excepciones que apenas cuentan. Ni siguiera Miaja es de entera confianza.

En Marruecos el ejército se ha sublevado con unanimidad —la cosa está clara— y Romerales y Morato serán todo lo leales que se quiera, pero no han sido capaces de impedirlo. Y él, Manuel Azaña, hoy presidente de la República y ayer ministro de la Guerra, va a ser la primera cabeza de turco.

Cambia de postura, se arrebuña en la sábana, encoge las piernas sobre el abultado vientre, suspira. Más que dormir, dormita, pero avaramente se finge a él mismo que duerme, pues está agotado y mañana —hoy, sábado 18— necesitará de todas sus energías.

-Menuda patada que le vamos a pegar a ése...

Gabriel Bustos alarga el mentón y apunta displicentemente hacia el Palacio Nacional que empieza a iluminarse con el alba. Una luz lechosa se distribuye a lo largo de sus fachadas.

Pepe Otero no le contesta, lleva las manos metidas en los bolsillos; el relente de la amanecida le ha enfriado. Han pasado la noche entera en el paseo de Rosales, primero en la terraza de una cervecería, luego sentados en un banco, disimulando, y la orden de concentrarse en el cuartel no ha llegado. Serían cerca de las tres de la mañana cuando Cogorro, jefe de la cuarta centuria, les ha avisado de que había contraorden y que prudentemente se retiraran a sus casas pero que procuraran mantenerse en comunicación con los enlaces.

Bustos y él se han quedado remoloneando —¡qué importaba ya una hora más o menos!— hasta que ha empezado a amanecer; han aprovechado para descabezar un sueñecillo.

En dirección al Viaducto pasa un coche a gran velocidad.

—Deben ser de las Juventudes Socialistas, seguro...

-A esos bandidos no les faltan fusiles.

Pepe Otero está cansado, decepcionado. Ha salido de su casa dispuesto a no regresar. Los militares se están rajando, y ahora él, por su culpa, tendrá conflictos con la familia. Si ya se ha armado el follón en África ¿a qué esperan los de Madrid? La sorpresa es lo que más les puede valer. Ahora mismo, con un buen fusil, disparaban contra ese auto, y a otra cosa. Lo cierto es que Pepe Otero no sabe manejar un fusil.

—Las armas nos las entregarán en el momento oportuno, en el Cuartel de la Montaña. Y se nos instruirá en su manejo.

Gabriel Bustos tiene catorce años, se vuelve hacia Otero y se le queda mirando.

-Oye, ¿tú sabes manejar el máuser?

Las gafas le aproximan la figura del muchacho, rubio, alegre,

despreocupado y grave al tiempo. Bustos le contempla con cierta admiración por esos cinco años que le lleva de ventaja y porque las gafas le dan autoridad.

—¿El máuser? Desde luego. En lo que me tendrán que adiestrar es en el fusil ametrallador.

Varias parejas de la Guardia Civil patrullan por los alrededores del Palacio Nacional; ellos cruzan de acera. No les interesa que les hagan preguntas, ni que les cacheen.

-¿Y qué haremos con Azaña?

-¡Yo qué sé!

Cruzan la plaza de Oriente.

—No se ve a nadie; anoche cuando pasé por aquí estaba lleno de gente y había periodistas. Me colé entre los grupos a curiosear. Están que no les llega la camisa al cuerpo.

Gabriel Bustos es enlace de la cuarta centuria de la Falange madrileña, y Pepe Otero uno de los ochenta escuadristas de la centuria que han estado esperando órdenes en el paseo de Rosales donde se les mandó concentrarse. Cerca de mil han aguardado esta noche en distintos lugares de Madrid pero el mando les ha recomendado que se retiraran; la sublevación ha sufrido nuevo aplazamiento.

-Si vas por Arenal te acompaño...

-No, que tengo sueño; además he de estar atento al teléfono.

Pepe Otero le ve alejarse; Bustos es como un niño que jugara a guerras poniendo en ello el mayor entusiasmo.

Los barrenderos, con sus grandes escobones, van despaciosamente limpiando las aceras. Otros empleados municipales, con espuertas, recogen los montones de basura y desperdicios en las carretillas de limpieza pública. Dos mangas de riego forman efímeros arcos de agua sobre el centro de la Puerta del Sol.

Un ciudadano madrugador, al pasar ante el Ministerio de Gobernación, saca del bolsillo un viejo reloj de plata sujeto con una cadena, y comprueba la hora mirando al gran reloj de la fachada. Probablemente es un gesto que repite todas las mañanas.

Eduardo Castro, redactor del *Heraldo*, sale del café Colonial. Tras él lo hacen Haro y Guzmán, de *Libertad*. Han pasado las últimas horas de la noche en la sala que para corresponsales de prensa está instalada en la planta superior del antiguo edificio de Teléfonos.

—Parecía que iba a ser una noche de trabajo, y ya veis... nada. Me voy a dormir, me caigo de sueño.

Los periodistas madrileños han intentado inútilmente comunicar

por teléfono con Melilla, con Tetuán, con Ceuta... Las comunicaciones con Marruecos están cortadas desde ayer a las cinco de la tarde.

A Castro le pesan los párpados; lleva una semana sin dormir apenas, y aunque noctámbulo por oficio y afición, ha llegado al límite de sus fuerzas.

—Aunque cañonearan ahí, Gobernación, creo que ni me enteraría. Mientras Castro, a quien llaman "Castrito", se aleja con paso cansino, Haro llama a un taxi que desemboca por la carrera de San Jerónimo. Guzmán regresará solo a su casa; vive cerca. Tan grande es la fatiga que arrastra, que le da pereza hasta acostarse.

Pálidos, derrotados, van desfilando los hombres de la noche. Banderilleros, cómicos sin contrata, algunas mujeres de las calles de Jardines y la Aduana que han terminado, bien o mal, lo que llaman su trabajo, músicos, trasnochadores de toda laya. Continúan enfrascados en sus conversaciones: que si el pleito con los toreros mejicanos, que si la Sociedad de Autores, que si no es verdad que a la Patro un tipo la soltó cinco duros, que si va a formarse una nueva compañía... En algunos corros se habla de política o se comentan sucesos imaginarios. Hay quien asegura que la escuadra bombardea Barcelona donde se ha proclamado el Estat Català, y otro que su mujer oyó por la radio que en San Sebastián se habían echado a la calle los requetés.

Guzmán estuvo en Asturias cuando la revolución de octubre de 1934; vivió allí uno de los momentos más apasionantes, y hasta peligrosos, de su vida profesional. Lleva varios días excitado, presiente que va a ocurrir algo, no sabe qué, intuye que este equilibrio precario en que hasta ahora conviven las múltiples fuerzas antagónicas en que se divide el país, va a romperse estrepitosamente. Aunque como ciudadano le apasiona la política, y sus ideas al respecto están definidas, como periodista se siente, al mismo tiempo, un poco espectador, un mucho espectador, y le acucia una enorme curiosidad teñida de temor, por cuanto presiente que va a ocurrir de un momento a otro.

Ayer tarde estaban a la caza de noticias en el bar del Congreso un grupo de periodistas: Angulo de El Socialista, Fernando Sánchez Monreal, director de la agencia Febus, Díaz Carreño, redactor de La Voz, Valentín Gutiérrez de El Sol; Roncero, de Ahora, y Manuel Navarro Ballester, de Mundo Obrero. Discutían sobre los temas de más señalada actualidad: la huelga del ramo de la construcción, que tiene violentamente enfrentadas a las dos sindicales —la UGT y la CNT—, los rumores que corren sobre un alzamiento militar, las posibilidades de aplastarlo con que cuenta Casares Quiroga, presidente del Consejo y ministro de la Guerra.

De pronto descubrieron a Indalecio Prieto, que se asomaba al bar como si buscara a alguien. Al reconocerle salieron tras él y alcanzándole en los pasillos le rodearon. Prieto, que les conoce a todos, les observaba con sus ojos de miope asomados a sus carnosos párpados. Parecía preocupado; adelantándose a las preguntas que pudieran hacerle, les dijo que venía a reunirse con la ejecutiva del Partido Socialista, y con lentitud añadió: "La guarnición de Melilla se ha sublevado..."

Desde ese momento ya no se han dado descanso. Han corrido a los teléfonos, a la redacción, han visitado a los amigos que suponían hallarse informados, han inquirido noticias por los cuatro costados, pero las que han conseguido son vagas e incompletas. A pesar de que en los ministerios se sigue quitando importancia al hecho, parece que la sublevación alcanza a la totalidad de Marruecos.

A la puerta del café Rex, Guzmán ha tropezado con Rexach, el aviador, que se marchaba a Cuatro Vientos, pues no deseaba que una sublevación le cogiera desprevenido y le ha dado seguridades de que la aviación atacará a cualquiera que se alce contra la República.

Después, ha estado hablando con Isabelo Romero, obrero metalúrgico, secretario del comité regional de la CNT. Es hombre de ideas claras y puede considerársele intérprete del sentir de los obreros de la Confederación. Isabelo opina que Casares Quiroga se está entregando a un juego peligroso, un chantaje por partida doble. Amedrenta a las derechas con el fantasma de la revolución social y amenaza a los trabajadores con la inminencia de un golpe militar... Pero Isabelo cree que Casares Quiroga ha terminado, que la palabra la tiene ahora el pueblo, que ya está movilizándose, y que los socialistas de la UGT, y los sindicalistas de la CNT, junto con los comunistas, deben marchar unidos, como lo hicieron en Asturias. Aplastarán a los militares y a los derechistas que les secunden, pero necesitan armas y el Gobierno, que teme a los obreros, se resiste a dárselas. Y si se las entregara a alguien sería a los socialistas. A los confederales, no se las entregará nunca. Ellos mismos tendrán que dar la primera batalla para conseguirlas.

En la redacción de *La Libertad* les esperaba a los redactores la mayor decepción. En los periódicos no puede escribirse sobre la sublevación de los militares de Melilla; son órdenes terminantes de la censura. ¡Como si negando la evidencia pudiera enmendársela!

Don Sebastián Pozas Perea, general de brigada, director general de la Guardia Civil, ha permanecido toda la noche en el Ministerio de Gobernación. Con la guerrera desabotonada dormitaba en un sillón; ni siquiera se ha quitado las botas. El día de ayer lo empleó en cursar órdenes a las distintas comandancias de la Guardia Civil para asegurar

⁻Mi general, llaman de Tetúan al radioteléfono...

la lealtad de sus jefes al Gobierno, en caso de que, como parece inminente, se produzca un golpe militar en la Península.

—¡Madrid! ¡Madrid! Habla Tetuán... ¡Madrid, oiga, Madrid! ¡Aquí el sargento radiotelegrafista! Se han sublevado las fuerzas del Tercio y los Regulares. Paso a la escucha.

El general Pozas coge bruscamente el micrófono.

—Aquí Madrid. Madrid contesta a Tetuán. ¿Está ahí el capitán de servicio? Conteste Tetuán...

—Ignoro dónde está el capitán. ¡Oiga Madrid! El edificio está rodeado por las fuerzas sublevadas... Paso a la escucha.

El ordenanza se ha acercado; el general, imperativo, le hace una seña de que se aleje y abandone la habitación.

—Oiga Tetuán, óigame bien. No admita más órdenes que las del capitán de servicio y exija que se las dé por escrito. Ese es su deber y debe cumplirlo por encima de todo.

Pozas, abrochándose la guerrera, sale a largas zancadas de la estancia, descorre una de las cortinas de su despacho y se sienta ante la mesa. Tiene los labios contraídos, se pasa la mano por el rostro, luego la deja caer pesadamente sobre la mesa. Por fin coge la pluma, la moja resueltamente en el tintero y se pone a escribir.

No se ha cortado la comunicación y sigue oyéndose la voz angustiada que sale del auricular.

—Madrid, oiga Madrid, le contesta Tetuán. ¿Qué debo hacer si me obligan por la fuerza?

El ordenaza se aproxima tímidamente al aparato; se lo acerca al oído vigilando la puerta por donde ha salido el general.

—Madrid, ¡Madrid! Me dicen que el alto comisario ha sido detenido. Están aquí, se acercan a la estación... ¡Madrid!, ¡Madrid! ¿Qué hago?

Tras un rato de silencio, silencio que el ordenanza escucha anhelante, se corta la conexión.

El general Pozas redacta con rapidez; de cuando en cuando vuelve atrás, y tacha para corregir una palabra. Los trazos son enérgicos y seguros.

Algunas fuerzas del Ejército sublevado en África se han apoderado de la estación de Radio Tetuán, lo que comunico a las autoridades de mi Cuerpo por orden del ministro de la Gobernación, para que se consideren facciosas todas las proclamas que empezará a lanzar dicha estación, propalando noticias falsas. Las comunicaciones y órdenes emanadas del Gobierno legítimo y de esta Dirección General serán cursadas por la Estación Central. Exhorto a todos a que cumplan con absoluta lealtad el precepto reglamentario de permanecer siempre fieles a su deber, por el honor de la Institución.

Deja la pluma en la escribanía; en ese momento siente como si las fuerzas estuvieran a punto de abandonarle.

La Guardia Civil nunca se subleva, pero esta vez podría ser una excepción, y si la Guardia Civil se une a los militares, el Gobierno no podrá resistir más que unas horas. Que una parte considerable de jefes, oficiales, clases y números de la Guardia Civil están en contra del Gobierno, de la desacertada política que sigue en diversos aspectos, no es secreto para nadie. Desde que hace unos meses Portela Valladares le colocó al frente de la Guardia Civil, ha tratado de "republicanizarla", pero ni él mismo está convencido de que, en caso de prueba, la republicanización sea efectiva. Hasta el momento, los jefes han hecho protestas de lealtad y aseguran que el espíritu del Cuerpo es inmejorable. ¿Y la Guardia Civil de Melilla? Ninguna noticia directa le ha llegado; cierto es que en Marruecos es distinto, las fuerzas militares son numerosas, entrenadas y dotadas; nadie puede enfrentarse con ellas. Hay que permanecer alerta y no alarmarse más de lo prudente; si la sublevación no se extiende a la Península, puede considerarse abortada. La Escuadra puede cerrarles el camino a los rebeldes; y se lo cerrará.

El automóvil, un "dodge" nuevo, de 18 HP, ronca subiendo la cuesta. Doña María de la Encarnación vuelve la cabeza. La ciudad presenta un leve perfil que el sol ha empezado a iluminar de refilón. Emergen los campanarios de algunas iglesias. A los lados de la carretera casuchas miserables y montones de basura que clasifican los traperos.

- —¿Has visto, Juan, cuánta desvergüenza? ¿Qué derecho tienen esos desgraciados a detener un coche en donde viajan personas respetables?
 - -Derecho, ninguno; pero estoy seguro de que iban armados...
 - -Y tú, sin rechistar...
 - —Son unos chulos esos comunistas. No me iba a exponer porque sí.
- —Papá, no eran comunistas... Han dicho que eran de la Agrupación Socialista.
- —Tú calla, niño. ¡Qué más da! Todos son iguales, la misma canalla.

En el interior del coche apenas pueden moverse. Viajan el padre, la madre y el hijo menor. Al primogénito le detuvieron a raíz del asesinato de Calvo Sotelo. En los transportines han colocado dos maletas, una de ellas con la plata que doña María de la Encarnación se ha negado a abandonar a pesar de las protestas de su marido. En la baca van tres maletas más. Mientras atravesaban la capital, don Juan disimulaba tras de su espalda la cartera en donde guarda documentos. Doña María de la Encarnación oculta cosidos a la faja veinticinco billetes de a mil pesetas que ayer retiraron de la cuenta corriente. Al

tío Enrique, le han dejado cinco mil pesetas más, por si el hijo mayor, José Miguel, las necesitara para reunirse con ellos en cuanto salga de la cárcel.

Junto al chófer va sentada Enriqueta, la camarera: sobre sus rodillas aguanta una cesta con provisiones, pues piensan comer en ruta y no detenerse por lo menos hasta Burgos. Burgos es ciudad tranquila, allá no pasará nada, inquirirán noticias y si todo permanece en paz, continuarán camino hasta San Sebastián. De serles posible, esta misma tarde cruzarán la frontera y se instalarán en San Juan de Luz, en la finca de la abuela. En Francia pueden esperar tranquilamente el desarrollo de los acontecimientos. Tienen depositados en el Crédit Lyonnais fondos suficientes para aguantar el verano, y un año entero si fuera indispensable. Madrid se ha puesto imposible; los comunistas son amos de la calle y no respetan a nadie, y menos aún a las gentes honradas.

El pequeño mira por la ventanilla. La carretera está solitaria.

- -Papá, ¿has oído lo que decían al arrancar el auto?
- -No, no he oído nada, y no me interesa. Conque, a callar.

Doña María de la Encarnación suspira.

—¡Cuando pienso en el pobre José Miguel, encerrado entre criminales, como si él mismo fuera un asesino, me da una pena...!

Aprieta con manos angustiadas el maletín en donde guarda sus joyas, y el notarlo ahí, seguro, la tranquiliza momentáneamente.

- —Tienen que soltarle; nada le han podido demostrar. Menos mal que el tío Enrique conoce a todo el mundo y sabe bandearse entre esa gentuza. Le he advertido que si necesita disponer de las cinco mil pesetas, que disponga sin reparo. A esa chusma se la compra con dinero.
 - -Lo que me asusta es que es un exaltado, un romántico...
- —No te preocupes, en esta ocasión le ha visto las orejas al lobo. Le servirá de escarmiento.

Adelantan a otro coche de la matrícula de Madrid también cargado de maletas.

- -Otros que se van a veranear...
- —Lo que me extraña es que no se marchen todas las personas decentes.

Don Juan corre el cristal y se dirige al chófer.

- —¿Va lleno el depósito?
- -Hasta Burgos no necesito repostar.
- -Bien, sigue con prudencia, pero aprieta el acelerador.

Vuelve a correr el cristal que les aísla del servicio.

- -Me han dicho que hoy o mañana se sublevan los cuarteles...
- -¿Quién te lo ha contado?
- —Quien está informado. Franco está en Marruecos, y en Barcelona, a estas horas, habrán barrido de las calles a los separatistas de la

Generalitat ésa; igual que el 6 de Octubre. En cuatro días la chusma saldrá corriendo.

- —Ya veremos. Son muchos y están armados hasta los dientes. Has visto el descaro con que actúan.
 - -En cuanto aparezca una pareja de la Guardia Civil...

Doña María de la Encarnación se da un suave golpe en la frente y se apresura a correr de nuevo el cristal.

- —¡Enriqueta! ¡Jesús qué cabeza tengo! ¿Te has acordado de mandarle a la portera que suba cada mañana a darles alpiste a los canarios?
 - -Señorita, como usted no me dijo nada...
- —¡Si no estoy yo en todo...! ¡Dios mío! Es que no se os ocurre nada, no pensáis.

Vuelve el rostro hacia su marido que se remueve para sacar la petaca del bolsillo.

- —Hemos de parar en el primer pueblo para telefonear a Nicanora, o ponerle un telegrama. ¡Pobres canarios!.
- —De aquí a Burgos no paramos; allá haces lo que quieras, pero aprisa. Hasta que crucemos la frontera no podemos estar tranquilos. En cualquier momento puede armarse la de Dios es Cristo.
 - -¡Juaaan...! ¡Qué manera de hablar!

Las Palmas

En la Comandancia Militar se advierte mucha agitación. Jefes y oficiales entran y salen; se oye el teclear apresurado de las máquinas de escribir y los timbres inquietantes de los teléfonos.

El zafarrancho ha comenzado hace un par de horas escasamente cuando se ha presentado, vestido de paisano, el general Franco, que ayer llegó de Tenerife para asistir al entierro del general Balmes. El general don Francisco Franco, comandante general de las Islas Canarias, ha venido acompañado de su ayudante, teniente coronel Franco Salgado, primo suyo, y de otros militares. Poco a poco han ido presentándose los demás complicados en el alzamiento. El general don Luis Orgaz Yoldi, que ha dirigido la conspiración en Gran Canaria, también acaba de vestirse apresuradamente de uniforme.

Del Hotel Madrid acaban de llegar doña Carmen Polo, esposa del general Franco y su hija Carmencita, todavía con ojos de sueño. Les acompañan el capitán Espejo y el teniente Martín, y pasan a instalarse en las habitaciones del comandante de estado mayor.

El general Franco, correctamente uniformado, con botas altas, ceñido su fajín rojo, disimula una cierta agitación que le conmueve. Sobre la mesa está el telegrama, garrapateado a mano, que ha desencadenado este trajín a hora intempestiva e inesperada. El mecanógrafo aguarda

sentado ante la vieja "underwood". Se hace un momento de silencio. El general, vuelve a leer el telegrama: "Jefe circunscripción Melilla a comandante general Canarias. Este ejército levantado en armas se ha apoderado en la tarde de hoy de todos los resortes del mando en este territorio. La tranquilidad es absoluta. ¡Viva España! Coronel Solans."

—Escriba. Diríjalo al comandante general de la circunscripción de Africa... Circunscripción Oriental —rectifica.

Franco Salgado y el auditor Martínez Fusset permanecen en pie. Detrás del general cubre la pared un pequeño tapiz con escena de caza. Un par de silloncitos forrados de cuero, colocados ante la mesa, permanecen vacíos.

—"Gloria al heroico ejército de África. España sobre todo. Recibid el saludo entusiasta estas guarniciones que se unen a vosotros y demás compañeros Península en estos momentos históricos. Fe ciega en el triunfo." Añada: "Viva España con honor."

Todos están pendientes de la voz del general y del tecleo de la máquina.

-Fírmelo: General Franco.

Consulta el reloj. Los demás hacen lo mismo.

-Féchelo, en Santa Cruz de Tenerife; 18 a las 6 y 10.

El general lee atentamente la hoja que acaba de entregarle el mecanógrafo. Encima de la mesa, un león de bronce sobre peana de azabache negro.

Alarga el telegrama a su ayudante.

—Que se curse en seguida.

Se dirige al auditor militar Martínez Fusset.

—Encárguese de que se redacten telegramas a todas las Divisiones Orgánicas, a la Comandancia de Baleares, al jefe de la División de Caballería, a las bases navales, dándoles cuenta de que hemos cursado este telegrama.

Por el corredor se oyen pasos apresurados.

-dDa vuecencia su permiso...?

Con la respiración agitada entra un capitán, que se cuadra reglamentariamente.

—Mi general, una compañía ha ocupado Teléfonos, Correos, Telégrafos y la estación de radio. Otra compañía sale para el aeródromo de Gando.

-Bien, capitán. Puede retirarse.

Suena un taconazo. El capitán sale del despacho, saca el pañuelo, se enjuga el sudor, y se desabrocha el cuello de la guerrera que se había abrochado apresuradamente mientras subía las escaleras.

Entra en una de las salas destinadas a oficiales. Algunos oficiales observan desde los balcones el edificio del Gobierno Civil. Numerosos

paisanos, obreros en su mayor parte, forman un nutrido grupo ante el balcón principal y solicitan a gritos la presencia del gobernador.

Don Antonio Boix Roig, gobernador civil de Las Palmas, se asoma por fin. Guardias de Asalto y Guardia Civil, custodian el edificio. La manifestación, que engrosa por minutos, es pacífica aunque exaltada. La presencia del gobernador les hace prorrumpir en aplausos. El gobernador habla desde el balcón con ademán tribunicio, como levantino que es. Apenas le distinguen; sólo le ven gesticular a lo lejos.

Entra un comandante en la sala de oficinas. Los oficiales se vuelven

hacia él.

-El general ha dado orden de que disuelvan a esa gente.

—Mi comandante —pregunta un teniente—. ¿Es cierto que en el Puerto de la Luz se ha declarado la huelga general?

—Sí, pero les van a dar para el pelo. Los comandantes del Canalejas y del Arcila se han ofrecido al general, y también el capitán de corbeta González Aller de la Comisión Hidrográfica, y han empezado por trincar a unos cuantos sospechosos entre las clases y la marinería de a bordo.

Suenan distantes los aplausos y vítores de los manifestantes.

Proximidades de Alicante

—¡Para, para, que nos matarán!

Suena un tercer disparo y aunque ni siquiera oyen silbar el proyectil, igualmente les asusta. El "morris" da un violento frenazo y el "hispano" que les seguía, más veloz, frena junto a ellas. Una pistola les apunta desde la ventanilla, mientras los hombres que ocupan el "hispano" bajan precipitadamente como en las películas de gangsters. Uno de ellos, vestido con mono azul, da muestras de tanto nerviosismo que les atemoriza todavía más.

—¡Las manos arriba...!

-Ustedes dos bajen del coche. ¡En seguida! ¿No oyen?

Tiene que ayudar a descender a la tía María, que es la que, a pesar de su edad, se muestra más serena.

—Y usted —se dirigen a Carmen que es la que conduce—, dé la vuelta al coche.

La pistola del joven nervioso vuelve a encañonarlas.

-¡Las manos en alto!

-Usted, ¿cómo se llama?

Vacila un instante, procura aparentar serenidad y disimular el miedo. ¿Las habrán conocido? ¿Les habrán seguido desde Alcoy, o ha sido casualidad?

-Margarita Larios...

-dY usted?

La tía María, tiesa en medio de la carretera, mira a los apresadores con tranquilidad, quizá con una punta de impertinencia.

-¿Yo? María Orbaneja. ¿Qué ocurre?

-Usted, baje también del auto... ¿Cuál es su nombre?

Carmen gana tiempo mientras desciende del "morris" y se acerca a su tía y a su cuñada.

-María Luisa Aramburo...

Menos mal que a Carmen se le ha ocurrido inventar un nombre... Ha dado el de quien figura como propietaria del "morris". No es mala coartada; con tal que ahora las permitan continuar a Alicante. Pero no parece que sea ése su propósito.

- —Tú ponte al volante y síguenos —le dicen a uno que va en mangas de camisa—. Y ustedes tres suban con nosotros.
 - -¿Pero, qué ocurre, a dónde nos llevan? ¿Quiénes son ustedes?
 - -Menos preguntas y arriba. Ya lo sabrán.

A la tía "Ma" la colocan al fondo, y ellas dos se sientan apretadas contra los milicianos.

El "hispano" corre a gran velocidad por la carretera. Margarita Larios no se atreve a hablar; se ha vuelto para preguntar a la tía si iba bien, pero al hacerlo ha tropezado con la mirada hosca de los hombres sentados a ambos lados de la tía.

Afortunadamente no llevan encima ningún papel comprometedor, porque estos revolucionarios son capaces de registrarlas. El mensaje lo había aprendido de memoria y se lo ha repetido al capitán y al oficial que le acompañaba. El capitán era un tipo espléndido; de estar aquí, de haberlas acompañado no pasarían por este trance; las hubiera defendido como caballero que era. Pero eso son ilusiones. El capitán tenía que quedarse en Alcoy y transmitir el mensaje: "Que esperen órdenes acuartelados, y que no se echen a la calle hasta recibir las órdenes". Los oficiales eran simpáticos y agradables, y parecían tranquilos y seguros. Ahora ellas han caído en la ratonera. De alguna forma saldrán, aunque pudiera ser que estos hombres tengan por misión matarlas y esconder sus cadáveres.

A la entrada de un pueblo, un guardia civil se cruza en medio de la carretera. Distingue el tricornio charolado, el correaje amarillo y el fusil que lleva en la mano. Cerca de él, dos parejas más, y otro guardia.

- -Vosotras a callar jy quietas!
- -¡Que ninguna se mueva, ni chiste!

El automóvil frena. El guardia civil se aproxima a la ventanilla. Otro de los guardias civiles se acerca también. Dos parejas más cubren el terreno.

-Las hemos detenido; son fascistas que pretendían escapar.

Margarita abre la portezuela de golpe y salta a tierra; el que estaba junto a ella no ha logrado impedirlo.

- -Estos hombres nos han disparado. No sé a dónde nos llevan.
- Desciende del auto uno de los hombres.
- -Están detenidas. Tenemos órdenes...
- —Si de verdad estamos detenidas, nosotras iremos con la Guardia Civil, pero con ustedes de ninguna manera, nos negamos.

Carmen también ha bajado del coche forcejeando contra los que pretendían sujetarla.

El cabo de la Guardia Civil que se ha aproximado, discute con los hombres del "hispano". La discusión es agria, pero los guardias civiles insisten.

—Nosotros las llevaremos al gobernador civil, si dicen que es él quien les ha dado a ustedes el mandato.

La tía "Ma" desciende solemnemente. Va vestida de negro y su cabello blanco lo conserva cuidadosamente peinado a pesar de lo accidentado de la noche. No parece ni siquiera fatigada.

- —Señor cabo... Con la Guardia Civil vamos a donde se nos mande. Con estos hombres no, nos resistimos.
- —Nosotros nos hacemos cargo de estas señoras. No se preocupen. Ahora mismo las conduciremos a Alicante. Este coche, si es de ellas, déjenlo ahí arrimado. Pediremos órdenes al respecto.
 - -Ustedes, señoras, vengan con nosotros...
 - -Como ustedes manden...

Alicante

Los dos guardias civiles que las han conducido al Gobierno Civil permanecen silenciosos. Carmen está junto a ella, pero no se atreve a hablarla; la tía "Ma", sentada en una butaca, mantiene una actitud grave, como si esperara ser recibida por el gobernador para un asunto cualquiera. Margarita Larios trata de componerse el cabello, lo mejor es causar buen efecto, sea para lo que sea. ¿Estará asustada Carmen? En todo caso no más que ella. ¿Cómo será el gobernador? Un gobernador, aunque del Frente Popular, siempre será un caballero. No va a insultarlas. La tía "Ma" está enternecedora, levemente ridícula, metida en estas aventuras novelescas. Sus sobrinos la llaman "Pipo", y ayer se reían cariñosamente de ella, pero cuando afirmó que quería ir a Alcoy a llevar el mensaje, tras una resistencia, José Antonio accedió. Debió pensar que, al fin y al cabo, era preferible que una señora acompañara a las jóvenes, por lo que pudiera pasar. Y ya ha pasado. Están presas, o detenidas, que para el caso es lo mismo.

Desde la puerta del despacho del gobernador, un señor les hace un gesto que incluye a ellas y a uno de los guardias civiles.

-Pasen ustedes...